



NUM. 41. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 12 DE OCTUBRE DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



Meditándolo imparcialmente, no hay cosa como no tener bolsa, ó como tenerla vacía, para verse libre de los altos y bajos á que están espuestos los que se hallan en posesion de una cualquiera, aunque por su pequenez merezca tan sólo el nombre de bolsillo. Interminable sería la enumeracion de las ventajas que disfruta el hombre que no tiene un cuarto, ó que carece de bolsa, lo cual viene á ser lo mismo; ni rateros le asaltan, ni amigos le piden, ni enemigos le persiguen, ni comisionados de apremios le acosan, ni herederos desean que emprenda cuanto antes su último viaje. Lo contrario sucede con los bolsistas, y una prueba de ello puede verse en el pánico que últimamente se espació entre los de París, por los rumores belicosos que circularon, y á que dió fuerza el relativo al nombramiento del señor Drouyn de Lhuis, como ministro de Negocios Etranjeros, nombramiento que representaría el triunfo de la política guerrera. Personas que se suponen bien informadas aseguran que nada grave hay por el momento; pero los temores no cesan, y esto hace que en las transacciones comerciales no haya gran movimiento.

Al declarar Garibaldi en Génova, de paso para la isla de Caprera, que se hallaba libre del todo, arengó varias veces al pueblo, recomendándole que no olvidase á Roma, donde al cabo iría él; estando aun preso, habia publicado una proclama en el mismo sentido; de manera que si agitacion existia antes, las palabras

del caudillo italiano contribuyeron á aumentarla. Hacemos caso omiso de una interesante correspondencia que publica un periódico de esta córte, y segun la que á estas horas ya debia haber estallado la guerra entre Italia y Francia y estar ardiendo media Europa. Por si faltasen instrumentos con que dar principio al drama, la *Gaceta Oficial* de Florencia publica el anuncio de un concurso que abre el ministro de la Guerra para adquirir 300,000 fusiles que se carguen por la culata. Creemos que estas armas no se comprarán sólo por el placer de tirar dinero á la calle ó de almacenarlas para que se oxiden.

El papa pronunció en el Consistorio de 20 de setiembre una alocucion contra el gobierno *piamontés*, acusándolo de haber hollado todos los derechos divinos y humanos, y singularmente de no haber temido proponer, aprobar y sancionar una ley que anuncia la venta de los bienes del clero, que la autoridad pontificia declara nula y de ningun efecto, declarando además incursos en las penas y censuras eclesiásticas á los autores de ella.

Prusia está dando pruebas de una actividad asombrosa, que revela un vivo deseo de rápido engrandecimiento. Su gobierno anuncia que trata de hacer extensivo el sistema telegráfico á todo pueblo de mas de 500 habitantes, y con objeto de desarrollar su marina se presentará en breve al Consejo federal una memoria relativa al asunto, pidiéndose al propio tiempo un crédito extraordinario para la flota. Por lo demás, la lucha entre los periódicos prusianos, italianos y franceses, sigue cada vez mas encarnizada, y manifiestan el odio profundo que las naciones de que se hacen eco los dos primeros profesan á la de que son órgano los últimos. Si conforme se disparan palabras se disparasen balas, ya no quedaba, entre ellos, títere con cabeza.

Varias correspondencias dicen que los buques de Francia, Prusia, Rusia, Austria é Italia siguen transportando las familias de los candiotas á Grecia. Mas de 50,000 personas han sido ya conducidas á este reino, quedando aun en Candia 800 voluntarios, que han tenido algunos encuentros con las tropas turcas.

Nada notable se sabe de Méjico, sino que Juarez ha publicado una proclama, fijando para el 22 de setiembre las elecciones de la presidencia de la república, presentando al pueblo en dicho documento varias modificaciones en el código fundamental del pais.

Mucho se ha hablado del poder del amor y de los estremos á que conduce á los que logra dominar; estremos tales, que un dramaturgo no vaciló en poner á una de sus obras, conocidísima y furiosamente aplaudida por las amas de cria, las maritornes, los soldados y los párbulos, el título de: *Todo lo vence el amor, ó la Pata de cabra*. Pero existe otro amor, que aunque procedente del mismo tronco, esto es, de un sentimiento lícito, cual es el de poseer siquiera lo indispensable para adquirir el pan nuestro de cada día, sufre los mas lamentables estravíos. El propietario de una casa de fieras, dice la crónica de estos últimos dias, acababa de vender en una ciudad de Francia, su coleccion de animales á unos ingleses, colocando el producto adelantado de la venta, que ascendia á 14,000 francos, en un cofre, que puso el dueño de las fieras en medio de los tigres, los leones, las hienas, etc. Pero hé aquí que un ladron, enamorado del dinero, penetra entre los animalitos, se apodera del cofre, y por supuesto del contenido, y desaparece, sin que hasta ahora haya podido averiguarse su paradero. En otros tiempos, cuando los poetas amansaban con su lira las fieras, habriase atribuido esta heroica hazaña á algun hijo predilecto de las Musas; pero hoy ni aun esa fiera que se llama hambre consiguen amansar, aunque se estén tocando todos los instrumentos filarmónicos hasta el dia del Juicio.

Despues de treinta años de muerte, acaba de inhumarse en París el cadáver de la hermosa prusiana Rahel Levin, baronesa de Warnhegen, quien temiendo que la enterraran viva, dispuso en su testamento que la tapa de su atahud fuese de cristal, que la vigilara durante un mes un guarda de vista y que no se la sepultase hasta que hubieran pasado treinta años. Se conoce que la señora baronesa tenia un poco mas apego á la vida y un poco menos valor que el ciudadano á quien se refiere el párrafo precedente.

Trátase en Valencia de crear una sociedad de socorros y de auxilios para los náufragos, á cuyo efecto, la Económica de aquella capital, á quien se debe la idea, trabaja con buen resultado. Aplaudimos el pensamiento, mas no podemos hacer lo mismo con el de la funcion de toros que dias atrás vimos anunciada, y en la que se ofrecia que cuatro ciegos de nacimiento, hijos de Murcia, que han trabajado con aceptacion en diferentes plazas de España, lidiarian una becerra. Cada uno de los ciegos—añadia el anuncio—llevará una

campanilla atada á la pierna derecha, de igual sonido que otra, pendiente del cuello de la becerra, produciendo este conjunto de sonidos iguales muchas equivocaciones que escitarán la hilaridad del público. Una señorita de la alta aristocracia ha regalado á la empresa una bonita sortija, que se atará á uno de los cuernos de la becerra, y será el premio de aquel de los ciegos que tenga la suerte de cogerlo. Los ciegos, añadimos nosotros, podrán salir ilesos de la bestial corrida, pero lo que es el sentimiento de humanidad va de seguro á la enfermería, y si se le sigue sometiendo á tan salvajes pruebas, habrá que contarle como cosa perdida.

Muchos de nuestros colegas de la corte preguntan cuándo se pondrán á la venta los sellos de cinco milésimas, é indican los grandes perjuicios que experimentan los editores, á causa de la detención de sus envíos. Si nuestras noticias son exactas, creemos que muy en breve quedarán satisfechos tan justos deseos.

El progreso constante de la educación popular en España, sino tan rápido como pudiera haber sido, por efecto de mil diversas circunstancias, se demuestra por los siguientes datos que publica la *Gaceta de los caminos de hierro*. En 1832 existían sólo 700 escuelas y hasta 1839 sólo se elevaron á 900; pero en 1860 resultaron ya 24,359 escuelas y 1.101,529 niños y niñas los que en un año habían concurrido á ellas, á más de 85,965 alumnos de los colegios de segunda enseñanza ó de los institutos y universidades. A estos datos podemos añadir nosotros, que sólo desde 1846 á 1855, los fondos públicos consignados en el presupuesto para la enseñanza pública, se elevaron desde 12 millones y medio de reales á 86.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DIOS, EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD.

(CONTINUACION.)

II.

El patriotismo, sin embargo, como todos los sentimientos, como todas las aspiraciones y como todas las virtudes, tiene un límite natural, impuesto por la razón y por los hechos, porque nada en lo humano es incondicional ó absoluto: este límite es la justicia, es la moral universal. El amor á la patria no debe sobreponerse á las consideraciones de la rectitud; no debe creer equitativo lo que daña á los demás pueblos, porque lo que no se ajusta á razón entre los individuos tampoco será conforme á ella entre las grandes colectividades políticas, es decir, entre las repúblicas, las monarquías y los imperios.

No se pierda de vista, pues en ello se interesa de una manera fundamental el bienestar de la especie, que si sobre el individuo está la familia, y sobre ésta la nación, sobre la nación está la humanidad.

La tierra no debe ser un campo de batalla entre sus diferentes pobladores, puesto que Dios la hizo bastante anchurosa y bastante fecunda para que en ella encuentren abundante alimento y holgada cabida todos sus hijos, los miembros de la gran familia humana. Y así como el exagerado individualismo conduce á todos los extravíos del egoísmo, el patriotismo mal entendido, y que pudiéramos calificar de *egoísmo de los pueblos*, prepara irremisiblemente los desastres que enlutan el globo, y lo convierten en palenque horrible de homicidas furios.

Cuando á beneficio de una gradual, pero no interrumpida educación política y religiosa, comprendan los pueblos los deberes que mutuamente los ligan, y los derechos en que sin funestas colisiones pueden respectivamente ejercitar su actividad política, las guerras serán menos fáciles, y por lo tanto, menos frecuentes de lo que han sido en todos los períodos históricos. Entonces el patriotismo, nobilísimo sentimiento característico del ser racional, pero sentimiento del que tantas veces abusan para explotarlo en su provecho, la ambición individual y el maquiavelismo de inmorales gobiernos, será lo que debe ser, lo que por fortuna ya comienza á ser: el respeto á los demás pueblos y la práctica salvadora de la solidaridad de los destinos humanos.

Los gobiernos pueden ser enemigos y proponerse su recíproca destrucción; pero esas enemistades eventuales, que á impulso de intereses tal vez no menos bastardos que los que las determinan, suelen convertirse en súbitas alianzas; esas enemistades ficticias y sin el menor fundamento en el orden providencial, del que, por el contrario, son una infracción sacrilega, en nada alcanzan á los pueblos.

Estos no tienen en el orden natural de las cosas intereses tan opuestos que no puedan ser satisfactoriamente armonizados por la buena fe y la prudencia; ni mucho menos intereses tan incompatibles, que para su conciliación sea menester apelar á la guerra, á la invasión de agenos territorios, al siempre bárbaro *derecho de conquista*: frase odiosa que entraña á la vez la

negación procaz de toda idea de derecho, y un escarño sangriento del buen sentido.

El interés fundamental de los pueblos, sin distinción de razas, climas, sectas y grados de civilización; su necesidad política permanente es ser gobernados con arreglo á las nociones de la justicia, que no varía con las latitudes geográficas; que no se modifica respecto del blanco, ni del negro, ni del hombre de bronceada tez; que no altera sus prescripciones protectoras en comarca alguna por hombres habitada.

Para satisfacer ese fundamental interés, para dejar largamente satisfecha esa permanente necesidad, bastan á las naciones la sabiduría y la moralidad de gobernantes dignos de su noble misión: de más están, para conseguir tan elevados fines, las cábalas insidiosas de la diplomacia, y la espada de la invasión extranjera. Lo que la cordura no consiga, no lo conseguirá la guerra; lo que la buena fe no alcance, no lo alcanzarán la venganza ó la violencia, y lo que en litigio se hallaba antes de apelar á la fuerza material, no quedará fuera de él aun cuando á la categoría de los hechos sea elevado, sobre las humeantes ruinas de naciones antes florecientes, por orgullosos congresos internacionales, forjadores de iníquos tratados. La obra de la fuerza por la fuerza perece más ó menos pronto; porque si la casualidad concede á las armas momentáneos triunfos, Dios niega á la iniquidad duraderas victorias. Si éstas fuesen posibles, el mundo moral caería en tinieblas mas espantosas que las del caos primitivo.

Los pueblos, no nos cansaremos de repetirlo, no son enemigos por la naturaleza, antes bien son hermanos; y sin la fascinación deplorable que en ellos produce la ignorancia que los entrega discrecionalmente al capricho del más fuerte, ó del más astuto, ó del más atrevido; y sin la torcida dirección que no pocas veces por desgracia, imprimen á sus más nobles instintos y á su patriotismo la ambición, el orgullo ó el deseo de venganza de los que los rigen, la sangre humana no regaría la tierra con la aterradora frecuencia de que nos dan cuenta las historias sagradas y profanas.

Derramad el benéfico rocío de la instrucción sobre los pueblos, idólatras infelices aun de aciagas tradiciones, y harto aficionados al culto de recuerdos que destilan sangre y aconsejan venganzas hereditarias, envenenadoras impías de una y otra generación; rencores nacionales y de casta, para los cuales el tiempo no tiene lenitivos ni límites. Derramad los resplandores divinos del Evangelio sobre la frente de los pueblos, y á su luz inspiradora de la verdad y del bien, se reconocerán como hermanos y se amarán como tales. Y cuando ese día venturoso llegue, el patriotismo perderá por completo el carácter de rudeza que suele distinguirlo, porque dejará de consistir en el estermio de los débiles por el brazo de hierro de los fuertes. No se buscará entonces la vida nacional en la muerte de la nación fronteriza ó lejana, sino en la estricta observancia de un derecho internacional basado en la equidad y en el claro conocimiento de las respectivas necesidades de cada agrupación política. El patriotismo ensanchará entonces su esfera, multiplicará su acción y ennobecerá sus fines, porque no cifando ya su gloria en caprichosos engrandecimientos territoriales, no inspirándose ya en miras de orden exclusivamente geográfico, sino en consideraciones de índole moral y humanitaria, empleará su actividad prodigiosa, no en destruir, sino en crear; no en ensanchar las distancias que en el orden religioso y político separan á los hombres, sino en estrecharlas hasta donde á las fuerzas humanas sea permitido.

La emulación científica, artística y literaria, autora de portentosos adelantos, suplirá ciertamente con gran ventaja las diferencias de la extensión superficial entre país y país; no será el kilómetro la medida de su importancia respectiva, sino que lo serán la laboriosidad de sus habitantes, su respeto á la ley, la participación que dignamente sepan tener en la gestión de sus más interesantes asuntos, la parte con que contribuyan al adelanto, es decir, al perfeccionamiento de la humanidad, la bondad de sus instituciones y los rectos propósitos de sus gobiernos.

El patriotismo debe, en atención á lo espuesto, subordinarse al interés humano; pues de otro modo, degeneraría en un elemento de universal perturbación; degeneración que los gobiernos morales y previsores están obligados á impedir por su propio bien y por el bien de sus subordinados. No se olvide que el acto injusto que hoy aprovecha, convertido en precedente, y quizá en base de una jurisprudencia atentatoria, puede, invocado mañana por un poderoso irritado ó por un pueblo resentido, trocarse en ocasión inmediata de la ruina del imprudente que vió realizarlo.

En resumen: el patriotismo, que en épocas y situaciones determinadas y dentro de sus naturales condiciones, es la gloria de un país, puede, fuera de sus límites ó del tiempo prescrito por la necesidad, la razón y el honor, serle altamente perjudicial. El pueblo que más y con mejor éxito trabaje en pro de los otros, el que más valederos títulos exhiba á la gratitud universal, es indudablemente el que más honra á su patria, el que más patriota se muestra.

Así, sólo así debe predicarse la virtud que hemos descrito. De lo contrario,—permitidnos que una vez

mas lo repitamos,—el patriotismo será siempre el *egoísmo de los pueblos*.

III.

Dado el pueblo, es indispensable el gobierno; dado el gobierno, son indispensables, la rectitud en éste y la obediencia en aquel. Si el mando supremo mucho ensalza, mucho también esclaviza al que sabe comprender los múltiples deberes que le impone, y tiene la virtud y la fuerza de voluntad necesarias para cumplirlos.

El que aspira á *mandar* debe proponerse *gobernar*, porque nadie tiene derecho á elevarse sobre el nivel de la generalidad, sino sabe dirigir á sus compatriotas para hacerlos felices; único título á cuya sombra puede exigirse á las naciones la sumisión y el respeto.

No basta alcanzar el dominio, triunfo en muchos casos debido á la casualidad ó la intriga; es preciso saber merecerlo y saber conservarlo, porque el hombre no vale por lo que el mero azar le entrega un día para arrebatarlo otro, sino por lo que sus merecimientos le granjean para retenerlo siempre. La honradez acrisolada, el talento, los buenos y dilatados servicios prestados á la patria en los parlamentos, en los campos de batalla, en la administración de justicia, en altos puestos en que la incorruptibilidad y la sabiduría hayan brillado á la par y á igual altura: tales, y no otros, son los títulos que recomiendan á los hombres sobre sus semejantes y les dan irrecusables derechos á la no disputada gobernación de los Estados.

Los jefes supremos de éstos, ora reyes absolutos, ora monarcas constitucionales, ora emperadores, ora presidentes de república, están imperiosamente obligados por el interés de su propia conservación política, por el decoro de la alta magistratura que ejercen, y también por la gloria y la prosperidad de sus súbditos, á ser en sumo grado concienzudos en lo tocante á elección de aquellos en quienes se proponen depositar su confianza y la representación de su potestad. No pues, al favoritismo ciego, ni á caprichosas simpatías personales, deben los jefes de las naciones hacer árbitros de la elección de sus consejeros y ministros. Tengan presente que un mal depositario de su confianza, sea cual fuere la forma de gobierno porque se rija el Estado, puede ser la causa de su propia perdición y de la perdición de éste. Gobernar en justicia y en amor: hé aquí el fácil secreto de imperar sobre la conciencia y el corazón de los pueblos. Los que á esta máxima ajustaren su conducta, dignos serán de la altura en que á Dios plugo colocarles sobre sus semejantes, y tranquilo será, por consiguiente, el ejercicio de su autoridad.

Cifñase el gobernante al cumplimiento de sus funciones, conozca á fondo la órbita en que se encierran sus facultades, y en ningún caso pretenda usurpar ó poner arbitrarias restricciones á las facultades legales de los demás. El que quiera ser respetado, respete; el que desee ser amado, ame; el que aspire á rodearse de prestigio, nunca atente al prestigio de otras potestades, no por subalternas, menos respetables.

La autoridad pierde en consideración lo que gana en extensión, cuando ésta no se funda en la justicia. La regularidad de los movimientos del mecanismo del gobierno consiste en el espedito y ordenado ejercicio de todas sus ruedas, girando cada una sin entorpecer la otra, sobre el eje, en el lugar y en el tiempo señalados por la necesidad y la conveniencia públicas.

El abuso de la fuerza arriba provoca y justifica la resistencia abajo; parta de arriba el buen ejemplo, resplandezcan allí la buena fe y el acierto, y reinarán abajo la sumisión y la paz. Del abuso de la fuerza no puede nacer la libertad; del mal ejemplo dado por los poderosos no puede proceder el orden. ¿Y qué puede haber de bueno y provechoso en una sociedad donde el orden y la libertad no son los polos del mundo político? ¿Puede acaso el despotismo crear algo duradero y fecundo, ó puede, por ventura, la anarquía engendrar algo que lleve en sí la utilidad ó la gloria? No, ciertamente.

Húyase del escollo del despotismo, y la nave del Estado, bogando magestuosamente, no irá á estrellarse en las ocultas sirtes de la revolución, que lejos de ser por sí misma una causa, como sustentan hombres más irreflexivos ó más dominados por sus intereses personales ó de bandería de lo que al interés general conviene, es meramente un efecto, doloroso en verdad, pero efecto al fin, del desconcierto, de las egoístas tendencias, de los actos de agresión que alguna vez predominan allí donde el odio, la injusticia, los resentimientos individuales, y menos aun que todo esto la venganza, jamás deben tener cabida; allí donde la cordura, la imparcialidad y la prevision deben tener su natural asiento; allí á donde no debe llegar la gritería confusa de los partidos y donde todo debe ajustarse estrictamente á la pauta señalada por la moral, la razón y el honrosísimo deseo del acierto.

El buen gobierno es inseparable del conocimiento profundo de las necesidades del pueblo cuyos destinos se tiene la honra de regir, pues sólo este conocimiento puede ser garantía de la oportunidad de las disposiciones que en la alta esfera del gobierno se adopten.

Es por consiguiente, preciso estudiar á fondo la época, el carácter predominante de la nación, los vicios y las virtudes á que es mas inclinada, la influencia que en ella ejercen los acontecimientos que en otros pueblos ocurren, y la forma de gobierno que mejor se adapta á sus actuales condiciones de desarrollo político, científico y social. Sin este indispensable conocimiento, el gobierno será un vergonzoso empirismo; se mandará contradictoriamente, al azar y como á ciegas; y falta de una base racional la gestión de los mas trascendentales negocios, sin un sistema fijo á que atenerse, y sin una escuela política y filosófica de que derivar ciertos principios fundamentales y en que apoyar una línea determinada de conducta, la anarquía oficial primero y la anarquía material después, se presentarán, sin que humano poder alcance á impedirlo, con todo su formidable séquito de calamidades.

El conocimiento de que hablamos supone en los gobernantes una vasta instrucción que, si es necesaria aun en las épocas normales, es un requisito esencial en días críticos y en períodos de grandes convulsiones, cuando estallan luchas civiles y guerras internacionales, cuando se plantean áridos problemas asi en la esfera política como en la social y filosófica, y de su acertada resolución depende la prosperidad ó la ruina de los pueblos.

Pero una vez establecida una forma de gobierno; una vez aceptado, mediante juramento, por parte de los encargados del poder, el compromiso de respetarla y hacerla respetar, un sentimiento de hidalguía, las mas rudimentales nociones del deber, las prescripciones mas óbvias del honor obligan á aquellos á ser constantemente fieles á sus sagrados compromisos. La lealtad no puede exigirse por medio de la fuerza ó de la imposición, sea del género que fuese; la lealtad se obtiene espontáneamente, cuando de ella se sabe dar nobilísimo ejemplo. La lealtad de los que mandan es prenda segura de la lealtad de los que obedecen; porque nadie, ya en la vida privada, ya en la vida pública, tiene derecho á pedir en rigurosa proporción de lo que da á sus semejantes.

La política, divorciada de la moral, es el despotismo, y éste la perturbación reglamentada, el caos. El despotismo es la usurpación de todos los poderes en provecho de un solo poder; la concentración de todas las fuerzas en un centro de vida apoplética; mientras los miembros desfallecen, en la atonía, el corazón, al que morbosamente afluyen todas las potencias vitales, se ahoga por este exceso de concentración anormal; el despotismo es al cuerpo político lo que la plétora al cuerpo físico: la enfermedad y la muerte.

La política que por guía acepte ese monstruo, no será un anuncio de paz, sino un grito de discordia; no un puerto, sino un bajío; no un beneficio, sino una maldición. Huir del despotismo, será para los gobiernos, huir de los dominios del mal, huir de su descrédito y de su propia ruina. Respete el gobernante la ley fundamental del Estado, respétela religiosamente, y el gobernado respetará á su vez, no ya sin esfuerzo, sino satisfecho y feliz, no menos á la ley que al gobernante que dignamente la representa y concienzudamente la interpreta.

La justicia entonces será un hecho, el orden una verdad, y las reacciones sangrientas dejarán de ser el bello ideal de los que no conciben el gobierno sin la fuerza, sin la resistencia sistemática y sin pedir á la insensata tiranía la indemnización de las zozobras que les causan y el escudo á los peligros de que sin cesar les rodean una atentatoria violación de todos los derechos y un criminal olvido de todos los deberes.

(Se continuará.)

MANUEL MARÍA FLAMANT.

ESTUDIOS

SOBRE LOS POETAS EPICOS ALEMANES.

I.

ORIGEN DE LA POESÍA EPICA ALEMANA.—POEMAS DE ECCARD, VELDECK, LICHTENSTEIN, TURCKHEIM, STRASBOURG Y WOLFRAM DE EISENBACH.

La poesía épica alemana—que se remonta á muy antigua época,—tuvo origen en los cantos heroicos de los antiguos germanos, cantos que generalmente entonaban los guerreros cuando se lanzaban al combate. Y tuvo origen en ellos, puesto que los antiguos poemas alemanes—asi épicos, como lírico-caballerescos, incluso el mismo de los *Nibelungen*,—fueron formados por diferentes canciones ó baladas populares ó fragmentos heroico-tradicionales. Prueba esta especie, la infinidad de cantos, aun conservados, que celebran á los mismos héroes de los poemas; pues de la misma manera que bajo el título de *Barbara et antiquissima carmina*, reunió y coordinó el emperador Carlomagno los antiguos cantos bélicos germánicos, pudieron otros cualesquiera compiladores allegar diferentes baladas ó radic esparcidas, coleccionadas bajo un mismo

nombre y hacer de ellas un poema-épico de mas ó menos estricta unidad, como de los cantos de los rapsodas y aedos griegos pudo formarse la epopeya homérica. Esto, que en otros pueblos y en circunstancias diferentes no pasara de una hipótesis de mayor ó menor fundamento, fué una realidad en Alemania. En los cantos heroico-tradicionales tuvo origen la epopeya nacional germánica, que es el poema heroico-caballeresco.—Quizás el poema de *Tristan*, el *Libro de los Héroes* (1) y *La Eneida caballeresca* no fueron otra cosa que una amalgama de fragmentos diferentes, como lo fue el famoso de los *Nibelungen*.

Alemania es uno de los pueblos mas ricos en poemas épicos ó caballerescos, verdaderamente nacionales, breves muchos, pero todos importantes, asi en el concepto literario como en el histórico y filológico. Durante la Edad Media abundaron muchos, formados á veces por heterogéneos elementos, entre los que hay algunos que merecen mención especial. Relacionándolos con las mas notables de aquel tiempo haré distinción de las composiciones de Eccard, Enrique de Veldeck, Ulrico de Lichtenstein, Godofredo de Strasbourg, Ulrico de Turckheim, Wolfram de Eisenbach, y otros poetas que brillaron antes de la reforma religiosa, pudiendo considerarse como pertenecientes á la época en que se coleccionaron los cantos germánicos—de los cuales pueden llamarse compiladores—y se formaron los poemas épico-caballerescos del linaje de los *Nibelungen*.

Eccard, poeta alemán, correspondiente al siglo XIII, escribió un poema sobre la conquista y pérdida de la Tierra Santa, composición, segun dicen, escasa en mérito literario, de argumento trabajado, con un estilo tan lánguido y rustico, que hace violenta su lectura. Otra de sus inconveniencias son la monotonía de la rima y lo brusco y tosco del lenguaje particular del autor sobre lo irregular del idioma alemán de aquellos tiempos. Es notable este poema—considerándolo en relacion con los demás de este período,—por la estension de su plan, allende de la importancia histórica que tanto acerca del espíritu de la época, como acerca de las costumbres del tiempo de las Cruzadas, se encuentran en él.

De Enrique de Veldeck hay que considerar la época que escribió cantando los infortunios de *Ernesto de Baviera*. Esta obra es notable porque se aparta del hibridismo vago que predomina en las composiciones de su época, y guarda tanta regularidad como es posible guardar por parte de aquellos ingenios independientes.

La Eneida caballeresca, como el *Gervasio de Maestrick*, obras ambas tambien de Enrique de Veldeck, no pueden, por su escasa regularidad, ser analizadas como rigurosas epopeyas y si solamente como colección de fragmentos y leyendas de género y asunto diferentes.

Ulrico de Lichtenstein introdujo en Alemania el poema épico-moral, en su obra que lleva por título, *Servicio de las damas*. Es notable ésta por su escéntrica originalidad, y sobre todo por lo pintoresco y brillante de su estilo, el cual nos patentiza en el autor una imaginación poética de las vivas y penetrantes que ha habido entre los escritores alemanes. El poema de Ulrico de Lichtenstein es una escepcion de la Edad Media.

Otro Ulrico, apellidado de Turckheim y no menos famoso que el anterior, escribió el poema de *Guillermo de Orange* que alcanzó gran boga en su tiempo, pero que ahora raramente es leído, suerte que cupo tambien á gran número de composiciones, cuya enumeración es complicadísima.

Godofredo de Strasbourg escribió el célebre poema *Tristan*, obra sumamente conocida y estimada de los eruditos, que sobrepaja á las de su época y es tenida como regular modelo de poemas heroico-caballerescos. El héroe, verdadero tipo de la caballería andante de los tiempos medios, se distingue notoriamente por su espiritual carácter y supersticiosa fe.

Wolfram de Eisenbach—á quien plugo á Goethe apellidar «el mas insigne poeta que Alemania ha producido»—aventaja á todos los vates de aquellos tiempos. Escribió los poemas de *El Marqués de Narbona*, el *Percival* y el *Titarel*. Es el primero—la obra mas importante del ilustre trovador—un poema rigurosamente épico, tiene muchos puntos de contacto con el *Orlando furioso* y está calcado sobre las tradiciones caballerescas que rodean á los nombres de los héroes de Carlomagno como una aureola de encantamiento. Los héroes del poema son tantos que se aproximan al número de los de los *Nibelungen*. Pero donde mas se dió á conocer Eisenbach como gran poeta, es en el *Percival*, grandioso poema épico, quizás el mas descollante del siglo XIII y una de las mas notables de la poesía alemana. Mucho aducirá el ver cómo en medio del abandono que reinaba en las composiciones de aquel siglo, haya podido formarse una epopeya de tanto mérito artístico, que puede considerarse con fundamento sólido una de las pocas obras maestras en su género, que nos ha dejado la poesía de los tiempos medios. Hay verdad en los caracteres, mucha

(1) H. Idenbuech.

viveza de estilo y no menor cálculo de acción, acompañado todo esto de muy buenas dotes de lenguaje. No nos estrañe, pues, que esta sea una esas obras que tienen cabida en los gustos y en la admiración de todos los siglos, porque el *Percival* es una epopeya que en nuestros días aun es leída con placer.—El *Titarel* es una imitación bastante regular y de condiciones muy dignas de estimación. Wolfram de Eisenbach es el poeta mas célebre de su tiempo, distinguido por la elegante energía de su estilo y brillante imaginación.

Todos los poemas que ligeramente están enumerados en los anteriores párrafos, precedieron á la formación del de los *Nibelungen* y pertenecen á la época llamada de los Emperadores Hohentausen que reinaron en Alemania desde el año 1138 hasta el 1268.—En el transcurso de estos ciento y treinta años—que formaron la época literaria llamada de los *Poetas de Suavia*—la lengua y la poesía alemanas alcanzaron un estado en gran manera floreciente. Hay muy buenas poesías pertenecientes aun á los mismos emperadores.

(Se continuará.)

F. FERNANDEZ MATHEU.

ORIGINALES DE DON QUIJOTE.

(CONCLUSION.)

Lo único que milita en favor de Quijada es la circunstancia de llevar el nombre de Alonso y un apellido en que se encuentra la raíz de la voz Quijote; pues en lo de ser aficionado á libros de caballerías, lo eran tantos en aquel tiempo, incluso Cervantes, que querer designar á uno llevado de esta afición, seria tan arbitrario como designar un enfermo cuando reina una epidemia general. Por otra parte, si pesamos los argumentos que el articulista espone, la significación verdadera del protagonista de la fábula y algun pasaje de esta misma, venimos á concluir que no hay en esto mas que una simple homología.

Dice este señor, que el don Alonso, de Esquivias, falleció en esta villa el día 6 de setiembre del año de 1604, y que «la primera edición del Quijote (primera parte) se publicó á principios del año siguiente, lo que induce á creer, que en consideración á ese parentesco, se aguardó para la publicación de la obra, al fallecimiento del personaje caricaturado en ella.» Quisiéramos que se hubiese añadido por el articulista en qué época supone escrita la primera parte del poema, por ver si su versión concuerda con las mas acreditadas suposiciones que corren acerca de esto, y saber cuánto pudo durar el obstáculo que oponía la existencia de don Alonso de Quijada.

En un principio pasó por artículo de fe, que Cervantes la escribió en la cárcel de Argamasilla, en donde estuvo, se dice, desde 1599; ó, por lo menos, en la Mancha y Valladolid. Otros, como el señor Odo-rico Mendes, creen que ya la tenia escrita en 1592. Lope de Vega hablaba ya del Quijote antes de estamparse, y segun Andrés Perez, parece que el nombre del hidalgo era ya célebre en 1604, en que se hizo la edición primera de *La Picara Justina*, donde se lee:

«Mas famó—que Don Quijó—»

Si Quijada fuese el inspirador de tal concepción, llevarian la mejor parte los que creemos que el poema fue muy estudiado y obra de muchos años, porque parece lo natural, que en la época en que le trató y notó sus extravagancias comenzara á tejer la tela de su fábula; pero no podemos asentir á que Quijada mismo fuese la causa de no publicarse hasta 1605, después de fallecido éste. ¿Qué podia temer Cervantes de un pobre hombre como se le llama, cuando otros recelos mas graves debia tener de tantos y tantos personajes elevados como pudieran creerse aludidos en sus pinturas y críticas? Cervantes estaba lejos de Esquivias, adonde no volvió sino poco antes de su muerte; ¿es creible que el mal humor de un viejo ausente le detuviese, cuando arrostró peligros mayores de personajes presentes, que debian causarle mas verdadero daño?

Mas aun, quien tuvo ánimo para criticar costumbres y caracteres de clases altas y poderosas; quien dió margen á levantar una polvareda entre los escritores que pluma en mano eran los peores enemigos; quien se atrevió á afrontar la ira de émulos tales como el falso Avellaneda; quien se expuso á los efectos de la suspicacia de los favoritos é intolerancia del Santo Oficio, por cierto que no era hombre á quien pudiese poner recelo el bonachon del Quijada de Esquivias, retirado en su hogar y en comunicación con algun compadre de la villa.

Prosiguiendo en el exámen de estos fundamentos, vemos que la circunstancia que en las relaciones de Cervantes con Quijada se presenta como de mas bulto, es completamente agena al plan y á los detalles de la figura del protagonista. Quijada se opuso á las pretensiones de Cervantes á la mano de doña Catalina; y ¿qué vemos en el manchego hidalgo que sea caricatu-

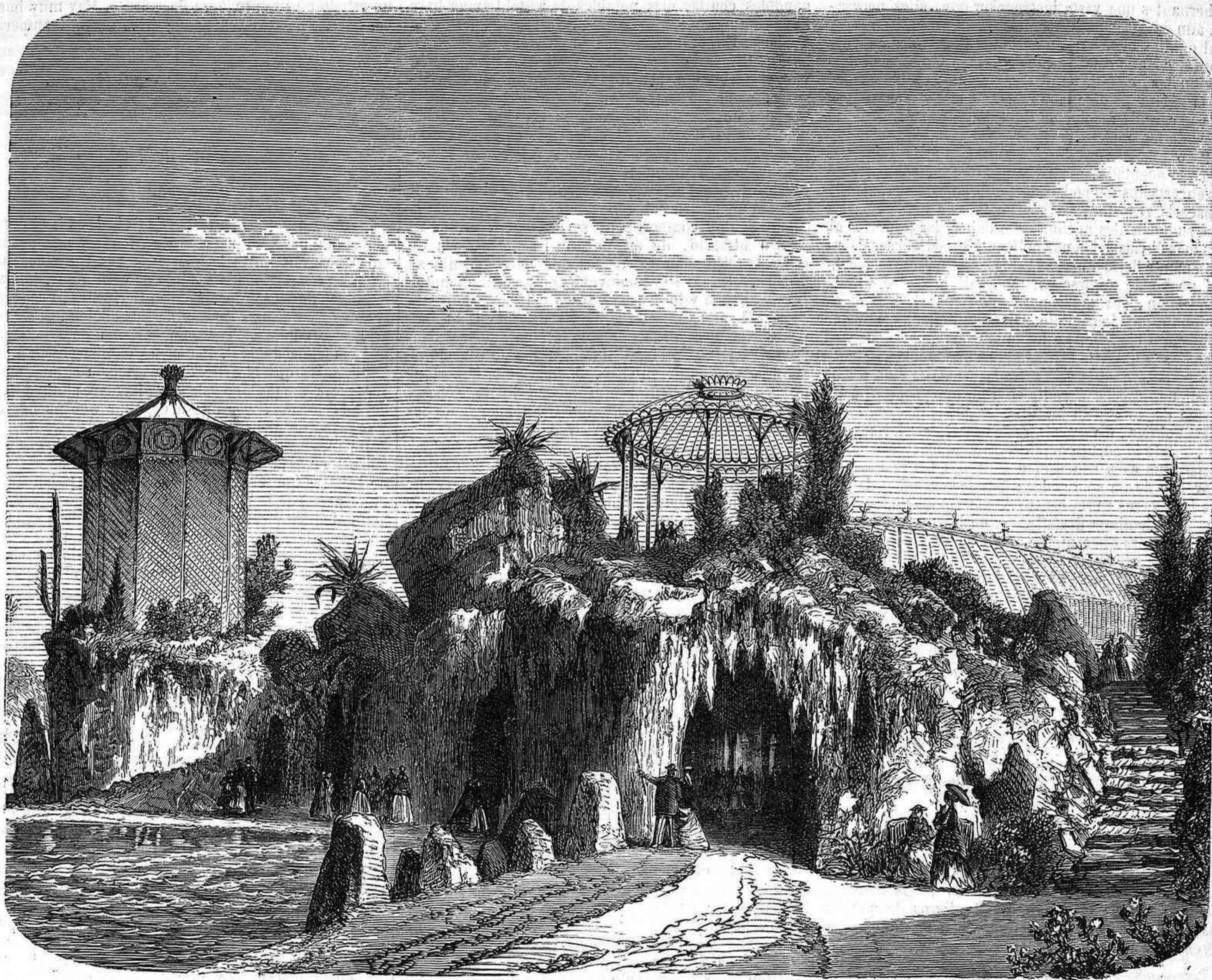
ra ú alusion á este hecho notable y principal? Si se dijese de Sancho, que en muchas ocasiones, zahiere á Don Quijote, porque siendo un hidalgo pobre, imagina casarse con princesas, y en algun modo le estorba y se interpone en el asunto de sus amores con Dulcinea, pase. ¿Qué relaciones amorosas encuentran oposicion en Don Quijote, el mas oficioso casamentero que imaginarse puede? ¿A quién considera inferior ó indigno, cuando por el contrario para él todos son caballeros, aunque no lo sean, y en la cuestion de Camacho y Basilio toma la parte del pobre labriego? Entraba en el plan de la novela y hubiera sido un excelente modo de caricaturar al Quijada, que alguno hubiese pretendido á su sobrina Antonia Quijana, y

el tio, lógico en su humor, se hubiera opuesto diciendo que era pieza de duques, condes ó príncipes; pero á la verdad, no hallamos mas que el nombre de Alonso que al Quijada se refiera, pues en lo de su afición á libros caballerescos no se ha de pretender que fuese un ejemplar único en España, ni aún en Esquivias.

Por si pudiera confundirse ó quedar duda, el mismo Cervantes dice que su apellido era Quijana y no Quijada ó Quesada: y lo que de este pasaje se deduce es, que entonces, con mas razon que ahora, seria fácil al vulgo señalar con el dedo á muchos que les parecían caer por este ó el otro rasgo físico ó moral bajo la crítica de Cervantes; y ya porque fuese el ar-

gumento de la fábula conocido entre los mas allegados é íntimos amigos del autor, y pusiesen los ojos en el Alonso de Quijada de la villa de Esquivias; ya porque Cervantes, conocedor de la malicia y tendencia del vulgo, quisiese prevenir sus efectos, empleó la frase: «quieren decir,» esto es, hay muchos que sin razon pretenden, «que tenia por sobrenombre Quijada ó Quesada, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba Quijana.» Pudiera ser tambien que este inciso extraño de Cervantes significase lo diametralmente opuesto á lo que desea probar el señor García, á saber: que fuese una salvedad hecha en respeto y consideracion á ese pariente, para que no se soñase siquiera que pretendia aludir á él, toda vez

ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.



VISTA EXTERIOR DEL ACUARIO DE AGUA SALADA.

que el felicísimo nombre de Quijote tenia cierto eco de Quijada y que por ventura este Quijada era tambien dado á lecturas de caballerías. De modo, que la única indicacion que en el libro existe, *contra se laborat*, y parece destruir toda su argumentacion.

Pero se dirá: queda aun el nombre de Alonso, que en esto no puede haber duda. Enhorabuena; pero ¿quién se consideraria ofendido de parecerse á Alonso Quijano, de buen entendimiento y mejor corazon? Alonso representa al hidalgo en su estado lúcido dotado de todas las excelencias y prendas que pueden honrar á un individuo. ¿Se hace en esto una caricatura de un hombre lleno de defectos?

La verdad es, que Cervantes era admirable en la eleccion de nombres para las cosas y sugetos, segun sus propiedades y cualidades, como se ve en los aplicados á su héroe. En primer lugar, Alonso es un nombre clásico en España, y aunque común, no muy vulgar, y reunido con Quijana, parece representarnos la longura del cuerpo y lo saliente de las quijadas del hidalgo, pues Alonso suena como contraccion de *alongado* y Quijana ó Quijada bien indican la sequedad del rostro, reasumiendo el de Quijote en alto grado, así una idea de su naturaleza física como de

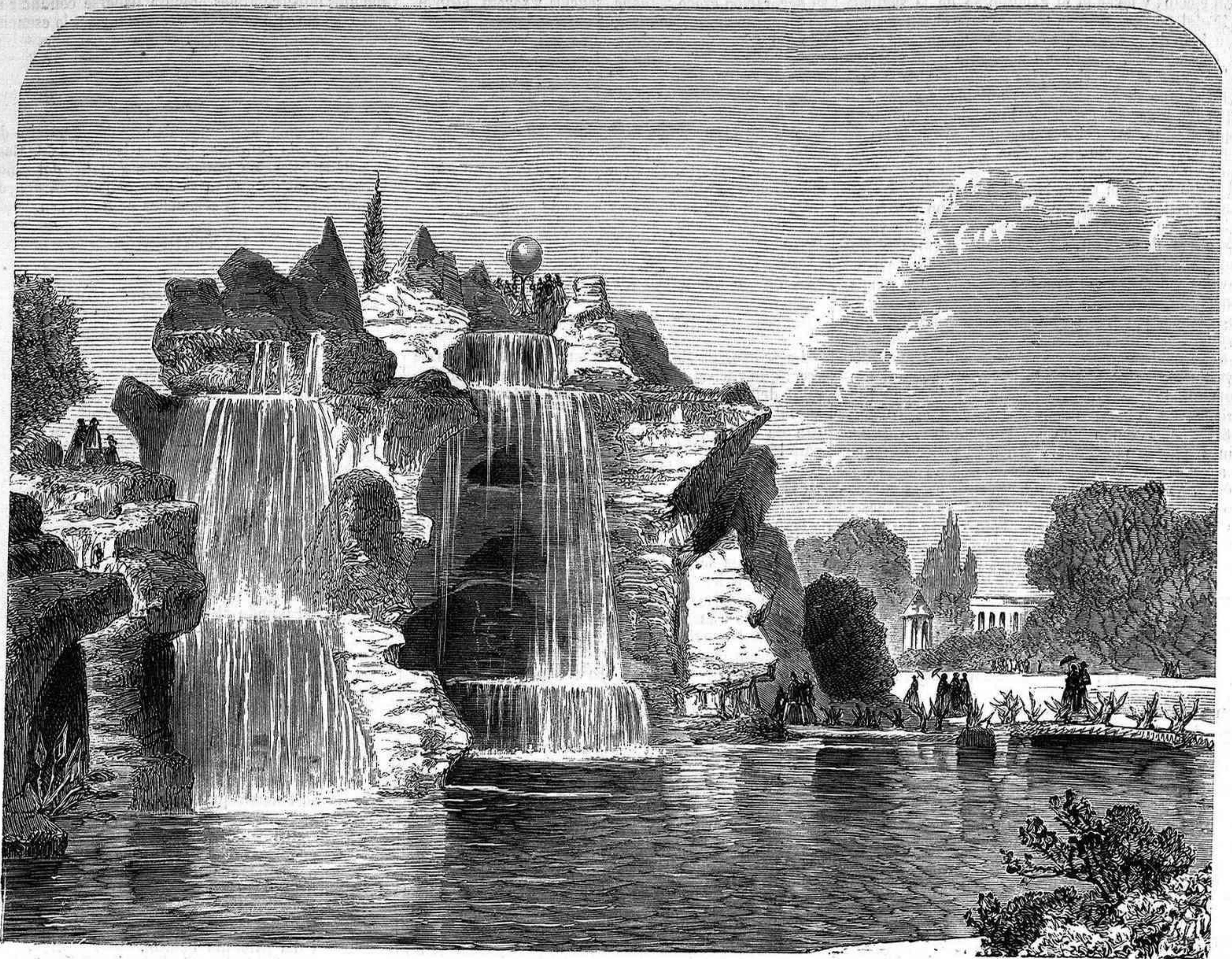
la moral en su estado de perturbacion. Si consideramos al propio tiempo que primero son en orden lógico las cosas que los nombres de ellas, mas probable es que la idea de un carácter prominente y una figura de las dimensiones del protagonista diesen origen á un nombre apropiado, que no apropiari toda una complexion moral y física á un mero vocablo ó combinacion de letras. Así, pues, la concepcion del carácter del hidalgo era y fue realmente mas susceptible de engendrar en la imaginacion de Cervantes el nombre de Don Quijote, que no el sobrenombre de Quijada de un individuo, que en cien casos dados pudiera no estar de acuerdo con su apariencia personal, como hay muchos *Delgados gruesos*, y muchos *Morenos blancos*.

De buen grado espusiéramos otras observaciones curiosas acerca de la probable razon generadora de este nombre, si no temiésemos estendernos en digresiones; mas concluiremos diciendo, que en la lógica de la manía ó locura del hidalgo, que trasformaba las cosas al modo andantesco y altisonante, conservando la memoria de lo que antes eran, como en Rocinante y Aldonza convertida en Dulcinea, era preciso que el nombre de Quijote mostrase este

mismo procedimiento de formacion, y para ello hubo de buscar el fondo ó raiz de Quijada, Quijana ó Quesada, de los cuales puede ser igualmente derivativo; sin que le detuviese la circunstancia de que en la familia de su mujer hubiese un pariente de este nombre, pues tal belleza de toque no habia de escusarse por tan pueriles consideraciones.

Creemos, pues, firmemente que el tal vecino de Esquivias no es mas ni menos original del Quijote que otros infinitos que habia entonces, y habrá ahora y siempre, no sólo en España, si no en todo el mundo, y que lo mas que vale el resultado de esa diligente investigacion del señor García, es ponernos en conocimiento del dato curioso de que habia en Esquivias un Alonso con sobrenombre de Quijada, al cual no sólo no aludió Cervantes, si no que dijo claramente que el del hidalgo era *Quijana*, por si algunos trataban de confundirlo.

Respecto á las otras noticias, decimos lo propio: son un curioso hallazgo; pero nada prueba ni basta para formar conviccion, al menos en su mayor parte, de que Cervantes aludiese á ciertos personajes de Esquivias ó les tomase por modelos. Que desde el año 1530 al 1530 hubiese un cura en esta villa lla-



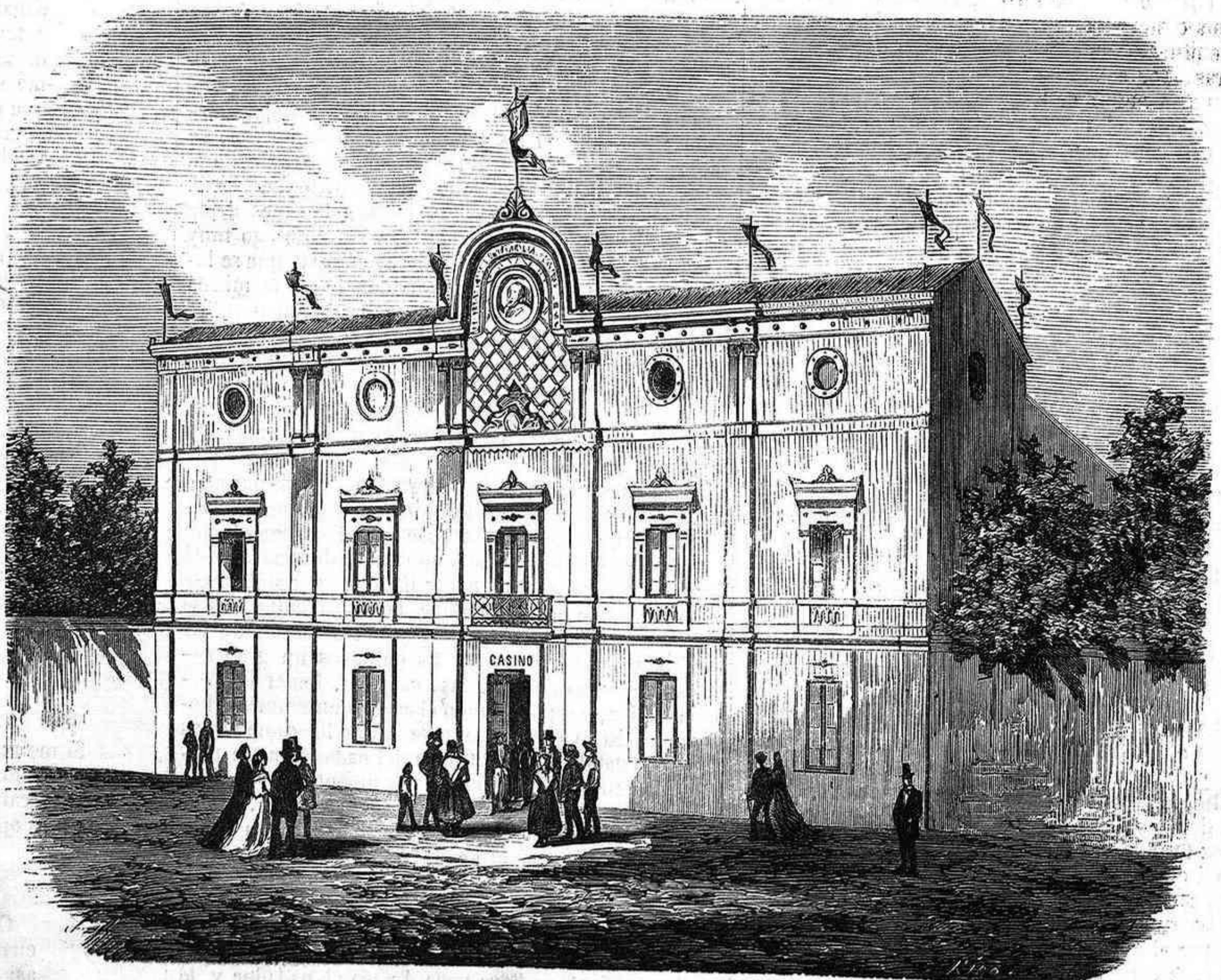
ESPOSICION DE PARÍS.—VISTA EXTERIOR DEL ACUARIO DE AGUA DULCE.

mado Pero Perez, como el cura del lugar de Don Quijote, no demuestra que Cervantes le hubiese conocido ó sabido siquiera que existía. Don Ramon Antequera ha buscado otro licenciado en la Mancha que supone ser el graduado en Sigüenza, y si se examinan los libros de todas las parroquias de España se hallará copia de Pero Perez, por ser nombres de los mas usuales y antiguos, y lo mismo debe decirse de los nombres de la mujer de Sancho, que por otra parte, no siendo Esquivias la supuesta patria del escudero, ni aun pueden competir con los que se han hallado por otros investigadores en pueblos de la Mancha.

Otra cosa es la noticia referente á Ricote y al don Gaspar de Gardoña, mayorazgo rico de Esquivias, que acompañó al morisco en concepto de amante de su hija. A fuer de imparciales, no podemos negar que los datos presentados llevan en sí el sello de la probabilidad de que Cervantes, tomando por base estos sucesos históricos, los vistiese y embelleciese para hacer un episodio en su novela. Dice el señor García, que en los libros parroquiales, «se encuentra el nombre de un Bernardino Ricote, que aparece en ellos por primera vez el año de 1578 y desaparece al principiar el siglo siguiente, época en que se decretó la espulsion de los moriscos: esto, unido á la circunstancia de no hallarse antes ni despues de la época citada, ni en ella misma el apellido Ricote en dichos libros, ni en otra persona que el Bernardino; y teniendo en cuenta, además, lo que Ricote le dice á Sancho de venir en busca de un tesoro que habia dejado enterrado; cuyo tesoro, decia, estar fuera de su pueblo. y la circunstancia de que este

cuento tiene gran analogia con cierta tradicional anécdota que aquí se cuenta con referencia á un tesoro escondido por un moro en un pueblo inmediato, casi se

puede asegurar, que el Ricote, tendero del lugar de Sancho, no es una creación fantástica de Cervantes, si no que es el mismo que residió en Esquivias...»



TEATRO DE GARCILASO DE LA VEGA EN QUINTANAR DE LA ÓRDEN.

En efecto, y leyendo el capítulo 54 de la segunda parte del poema, bien se trasluce que el autor no lo pone todo de cosecha propia, ni podía ponerlo, por ser este episodio hijo de un accidente político anormal. Natural es que Cervantes conservase en la memoria alguno de los casos mas notables y novelescos á que dió lugar esa escepcional medida del monarca, y que si tuvo por actores personas vecindadas en Esquivias, bien pudo oír relaciones de él por sus parientes ó conocidos.

Igualmente están en su lugar las observaciones que el articulista, como conocedor del terreno y particularidades de la villa de Esquivias, hace sobre varias referencias de Cervantes á sus linajes y vinos, y que pudiera estender á otras contenidas tambien en sus novelas y de las cuales no hace mérito, tal vez por considerar, como dice, que esta cuestion no es de tal importancia que crea ser necesario esclarecerla á todo trance. Sin embargo, nosotros creemos que cada cosa la tiene relativamente á su esfera, y que si bien estas investigaciones no han conducido hasta ahora á ninguna utilidad de parte de la crítica fundamental del Quijote, como materia de erudicion curiosa, colateral y entretenida tienen su valor indisputable, y quisiéramos que los que á mano tienen el poder examinar libros y documentos de aquella época, no dejasen de hacerlo por pereza, si no imitasen á los pocos que como el señor García, aprovechan cuantas ocasiones se les presentan de ilustrar en algun modo la famosa obra del príncipe de nuestros ingenios.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

ESPOSICION UNIVERSAL.

VISTA EXTERIOR DE LOS ACUARIOS.

Dos de los grabados que damos en este número reproducen fielmente los dos Acuarios de la Exposicion universal, ó como si dijéramos los dos palacios en que han recibido hospedaje los habitantes de los rios y los mares; pues uno de ellos, sirve para los pescados de agua dulce y otro para los de agua salada. Y en verdad que ningun punto mas á propósito que éste en toda la vasta estension del Campo de Marte, para que el curioso, cansado de recorrerla, ó bien abrasado por los ardientes rayos del sol de estío, reposase un rato á la sombra de aquellas frescas grutas, recreando de paso la vista en la contemplacion de los curiosos objetos que los llenaban y el oído en el grato murmullo del agua que en apacibles lagos ó en sonoras cascadas y saltos, corria ó se desprendia por entre rústicos peñascos y vegetaciones acuáticas. No menos interés han ofrecido los Acuarios á las personas aficionadas á la historia natural y á los especuladores, pues aquellas habrán hecho interesantes observaciones sobre la organizacion, vida y costumbres de los pescados, con que enriquecer la ciencia, y éstas, penetradas de la facilidad de conservarlos y reproducirlos, podrian obtener no pequeños beneficios aplicando sus capitales á la creacion de establecimientos de piscicultura. Langostas, merluzas, cangrejos, ostras, anguilas, salmones, truchas, focas, arañas y otras varias familias de las que viven en el húmedo elemento, desde las mas regularmente organizadas, hasta las de mas monstruosas formas, han tenido allí sus representantes, brillando á la luz del sol ó á la del gas los matizados colores de su cuerpo y sus relucientes escamas, como los suyos los vegetales que aparecen en la superficie ó en la profundidad de los rios y de los mares.

R.

TEATRO DE GARCILASO DE LA VEGA,

EN QUINTANAR DE LA ÓRDEN.

Mucho nos complace que se vaya generalizando cada vez mas la aficion á espectáculos que, al par de amenos, sirven para formar costumbres dignas de un pueblo culto, haciendo competencia á otros que, no obstante los anatemas que contra ellos se fulminan, por desgracia se conservan y aun prometen larga vida. La villa de Quintanar de la Orden ha dado una prueba de sensatez y de ilustracion que le honra, inaugurando un teatro con el nombre que sirve de epígrafe á estas líneas. La inauguracion tuvo efecto en agosto último, viéndose ocupadas todas las localidades por vecinos de la villa y algunos forasteros, que, además de la funcion dramática, aplaudieron las poesias con que se dió principio, debidas á los señores Campo Díaz, Sevillano, Sanchez Grande y Alba (don Juan), primer actor este último á quien el público de Madrid ha dado en diferentes épocas señaladas muestras de simpatía. El teatro cuya vista exterior acompaña al presente número, construido por el apreciable arquitecto don Agustín Ortiz Villajos, director de la iglesia del Buen Suceso del Barrio de Pozas de esta córte, contribuye sin duda á embellecer á Quintanar. Su carácter de edificio público,

su decoracion greco-romana, sencilla y severa, forman un conjunto agradable, y que corresponde al propósito del señor Villajos, de dar una prueba de cariño á su pueblo natal. Comprende el edificio Teatro y Casino, sobre una superficie de 10,000 pies, compuesto de todas las dependencias necesarias, teniendo, además, en el centro un gran patio-jardin de recreo. Las localidades del primero son 500, entre butacas, lunetas, galerias altas, palcos, anfiteatro, etc. El decorado es sencillo y elegante. En la noche de la inauguracion, el edificio se iluminó exterior é interiormente con faroles de diferentes colores y luces de bengala.

ADVERTENCIAS

A LOS QUE SE BAÑAN EN LOS RIOS.

La temporada de los baños ha pasado, pero es de creer que vuelva, pues hasta ahora, ni una vez siquiera ha dejado de volver en una época determinada del año. Para entonces bueno será que los bañistas conozcan de antemano los medios de que deben valerse para librarse de los tres grandes peligros que corren, particularmente en los rios, por mas que sean diestros nadadores.

Estos tres peligros son: los *remolinos*, los *calambres* y las *plantas acuáticas*.

Se entiende por *remolino* un movimiento circular y rápido que se produce en un punto de la superficie de una corriente. El centro de un remolino tiene siempre la forma de un embudo, y la accion circular se estiende á mayor ó menor distancia, segun sean la fuerza de la corriente y la cantidad de agua.

Es inútil empeñarse en contrarrestar un torbellino. El mas diestro nadador lucha horriblemente, sin conseguir mas que dar vueltas concéntricas, y debatiéndose en un infructuoso empeño, siente que se agotan sus fuerzas hasta que al fin sucumbe.

En lugar de luchar con el remolino, deje á éste que él mismo le salve.

No hay quien ignore lo que pasa cuando se somete á la accion de un torbellino, un cuerpo inerte, una hoja, un tronco ú otro objeto cualquiera. El cuerpo inerte gira al rededor de sí mismo y desaparece. Debajo del agua, sigue dando vueltas, pero el círculo que traza va ensanchándose incesantemente, hasta que por fin llega á un punto en que deja de producirse la accion del torbellino y entra en la parte normal y serena de la corriente, vuelve á subir á la superficie y continúa tranquilamente su curso. Es cuestion de un instante. Proceda el nadador como el cuerpo inerte; abandónese sin resistencia al remolino; déjele que se lo trague, y él mismo lo arrojará lejos de sí y le pondrá á salvo. Para un nadador son muy poca cosa algunos segundos dentro del agua.

El *calambre* es la contraccion nerviosa de un músculo. Esta contraccion se presenta siempre acompañada de un dolor muy vivo. El músculo exterior del pie es el mas sujeto á calambres, y éstos, á mas del dolor que ocasionan, paralizan instantáneamente los músculos del nadador. En tal caso, debe éste echarse de espaldas, y sostenerse sin mas accion que la de las manos. Procure despues contraer poco á poco el pie para levantarlo hácia delante, como si quisiera andar apoyado solamente en los talones. Sin mas que esto, se soltará el espasmo, el músculo contraído se distenderá, y desaparecerá el dolor inmediatamente.

En cuanto á las *plantas acuáticas*, debemos decir que son largas, delgadas, sueltas, y sin embargo muy difíciles de romper. Son verdaderas cuerdas que se levantan del fondo del agua y tienen todas la misma inclinacion, obedeciendo dóciles y sumisas al mas tenue movimiento de la corriente. El nadador poco experimentado que se enreda en ellas suele pedir su salvacion á la fuga, y al primer movimiento que hace se siente cogido del brazo, de las piernas y del cuello. Apremia el peligro, y empieza la desesperacion. El contacto de aquellas largas yerbas filamentosas y pegajosas es sumamente desagradable, y esta primera impresion contribuye poderosamente á privar al nadador de su serenidad y sangre fria. Esperimenta un efecto mas moral que fisico que ha de dominar, ó está perdido. Procure permanecer inmóvil, y mantenerse todo lo posible en la superficie, porque cuanto mas se acerque al fondo, mayores serán las barbas de las yerbas que le tienen asido. Es entonces un gran recurso tenderse de espaldas, es decir, tomar la posicion supina, porque estando el cuerpo enteramente horizontal, basta para sostenerse agitar ligeramente las manos, cuando la constitucion del nadador no le permite sostenerse sin practicar movimiento alguno. Hay otro medio, y es el de echarse vientre abajo, tomar mucho aire por medio de una fuerte aspiracion y sumergir la cabeza en el agua.

En esta posicion no hay nadie, sea grueso ó sea delgado, que no pueda estar seguro de flotar en la superficie como un pedazo de corcho. Basta levantar de cuando en cuando la cabeza para volver á tomar aliento. La corriente se lleva poco á poco al nadador y le pone á salvo, sobre todo, si por medio de algunos mo-

vimientos imperceptibles procura hacerse conducir al centro del rio. En todas las circunstancias, lo esencial es conservar la sangre fria.

A. RIBOT.

A continuacion insertamos algunas de las poesias de la *Corona de la Infancia*, obra de la señorita de Gas-só, y de la coleccion titulada *Poco y malo*, del señor Perchet, libros de que ya se hizo mencion en una de las anteriores Revistas semanales de Et Museo.

CANTARES.

Dice el rayo de la luna
que en el lago se retrata:
—Soy la dicha pasajera,
que se busca y no se alcanza.

La belleza del rostro
flor es de un dia;
la belleza del alma
flor siempre-viva.

Esa infinidad de estrellas
que en el cielo puso Dios,
son las chispas desprendidas
de la hoguera de su amor.

¡Cuánto desde el cielo al mundo
tardará un grano de arena!
¡Con qué rapidez un alma
del mundo al cielo se eleva!

Cada estrellita que borda
el espejo azul del cielo,
es un faro que señala
de la salvacion el puerto.

Cuando estás en una altura
no te creas hombre grande,
porque siempre es mas difícil
sostenerse que encumbrarse.

Mis cantares son lo mismo
que las gotitas del mar;
del hondo del alma salen
y al hondo del alma van.

Sobre las nubes se eleva
bella palomita blanca,
que á mi sér está diciendo:
—Mas arriba es tu morada.—

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

UN SUEÑO.

Soñaba mi corazon
embriagado de alegria,
que el amor del alma mia
pagabas con tu pasion.
A tan risueña ilusion
de mi vida dulce encanto,
me sentí dichoso, tanto
que cuando despierto hallé
mentira lo que soñé,
vertieron mis ojos llanto.

ILUSION.

Viendo un ave, prenda mia,
en el espacio volar,
asi la dije al pasar:
—¿Mi amor acaso te envia?—
Pero noté que seguia
veloz su rápido vuelo,
indiferente á mi duelo:
¡hasta en el ave ligera
piensa ver, quien triste espera,
la realidad de su anhelo!

DESCONFIANZA.

Me dices que me quieres; yo lo dudo.
Juras que me idolatras... ¡embustera!
La palabra se va; tu amor no veo...
Júralo con un beso y ya te creo.

SUS OJOS.

Si me miran sus ojos,
en silencio me matan;
y pues callando matan, ¿qué no hicieran
esos tus ojos, dí, si hablar pudieran?

ARBOL Y HOMBRE.

Como las hojas cayeron
cuando los vientos llegaron,
asi los años que fueron
las ilusiones robaron.

Desnudo el árbol quedó
á los rigores del viento;
y el herido pecho vió
marchitarse su contento.

El árbol que sufre, alcanza
otra rica primavera
que es su vida y su esperanza...
¡mas ¡ay! el hombre ¿qué espera?

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

ASPIRACIONES.

I.

Esta vil planta amarilla,
que mística á vivir condenas
del arroyo de las penas
junto á la fétida orilla;
en muda oracion sencilla,
Señor que lo puedes todo,
pidiendo está de qué modo
podrá, en su incesante anhelo,
las ramas tender al cielo
sin arraigarse en el lodo.

II.

Le busco en la soledad,
al mudo silencio atiendo,
la dulce voz presintiendo
de tu infinita bondad;
soy en esta oscuridad
girasol del sol de amor
que relució en el Tabor,
y en ansia de verle, paso
vuelta la faz al ocaso,
la noche de mi dolor.

III.

¡Cuán lentamente al mísero que espera
en porvenir remoto su consuelo,
gira las horas la celeste esfera!
La vida es senda de la nada al cielo;
¡tened piedad, Señor, del peregrino
y acortad á sus ansias el camino!

NORBERTO GUIERAS.

CANTARES.

Mi corazón tiene penas
que nadie en el mundo sabe,
por eso mi corazón
es un nido de cantares.

Tú lloras, yo también lloro,
y ¡ay! nos ahoga el dolor,
porque no pueden mezclarse
las lágrimas de los dos.

Para que pronto los ángeles
me abran las puertas del cielo,
me moriré entre tus brazos
y reclinado en tu seno.

Entre esas tus cintas verdes
¡qué bien sientan rosas blancas!
Parece que te bendicen
la inocencia y la esperanza.

—Madre, ¿por qué los cipreses
crecen al pie de las tumbas?
—Porque señalan el cielo
donde no se muere nunca;
y con su copa estendida
hacia la bóveda augusta
dicen que si aquí hay dolores
hay allá eterna ventura.—

Recordar es darse pena,
esperar es devaneo,
¡por eso todos vivimos
de esperanzas y recuerdos!

ANCETO DE PAGÉS DE PUIG.

El primer teatro de piedra fue construido por Pompeyo el año 699 de Roma, 50 años antes de nuestra era. Hacia 200 años que las comedias eran conocidas, pero no se representaban en local hecho expresamente para el efecto, si no en las plazas públicas, donde los espectadores concurrían de pie, según dice Tácito.

Plauto, el padre de la comedia latina, escribía tres siglos antes de la era cristiana; y Terencio, cuyas comedias no eran menos estimadas, aunque su estilo carecía de la corrección y elegancia del primero, nació 192 años antes de Jesucristo.

Augusto Marcelo mandó levantar el año 743 de Roma el segundo teatro, cuya inauguración se efectuó el

mismo año que la del tercero, edificado por Balbo. (Suetonio, Estrabon, Ovidio, Séneca y Dion Casio).

El teatro de Pompeyo podía contener sentadas cómodamente 40,000 personas.

Los de Marcelo y Balbo sólo tenían espacio para 30,000, pero los tres eran de asombrosa magnificencia.

La afición al teatro llegó á ser tal entre los romanos, que á poco tiempo eran ya insuficientes los tres referidos, y se hizo indispensable levantar grandes edificios de madera para recibir al pueblo en las fiestas señaladas.

La mayor parte de las casas de la villa de Chihuahua, en Méjico, están construidas con un mineral cuya plata no se ha extraído por completo. Un americano ofrece sucesivamente comprar las casas y extraer la plata que sus materiales contienen.

El afán de perfeccionamiento de los fusiles, que parece dominar á todas las naciones, da gran oportunidad á los siguientes recuerdos:

En la correspondencia entre Luis XVI y María Antonieta, por los años de 1777 á 1792, tomo I, página 125, se lee:

«Se presentó al rey Luis XVII un fusil que podía disparar doce tiros á la vez, y después de admirar la invención, prohibió que se fabricasen armas tan mortíferas.»

Debe notarse que en todos tiempos ha procurado el hombre buscar los medios más poderosos de destruir su especie. El caballero Martino Poli de Lucques, inventó un fuego griego, ó mejor dicho, descubrió el de los antiguos. Se lo hizo conocer al rey Luis XV, que no quiso se hiciera uso de él y concedió una pensión al tal caballero, con la espesa condición de que no había de revelar el secreto de su invento.

Hay hombres predestinados.—Otro caballero, llamado Poli, propuso á Luis XVI una máquina de guerra tan extraordinaria y terrible, que después de haberla experimentado el rey lo hizo caballero de San Miguel y le concedió una pensión, bajo la condición de que había de inutilizar su invento y no descubrirlo á nadie. El caballero guardó religiosamente el secreto.

Un americano propuso á Napoleon I un cañón abanico. Por medio de un mecanismo muy ingenioso lanzaba tal cantidad de balas, que podía segar un batallón como un campo de espigas. Napoleon lo rechazó, diciendo: «Con ese invento se haría imposible la guerra.»

TRAGA-ALDABAS.

CUENTO POPULAR.

I.

El cuento que voy á contar carece de la intención moral y filosófica que deben tener los cuentos en estos tiempos en que ni siquiera hay niños á quien contar los que no la tienen, porque los niños, ya no son niños, que son hombres pequeñitos. Le he recogido de boca del pueblo, el pueblo, y no yo, es su autor, y en este concepto, si hay alguna agudeza en él, probará que el pueblo es agudo, y esto ya es algo en unos tiempos en que se escriben y publican tantas cosas que prueban únicamente que sus autores son agudos como punta de colchon.

II.

Lesmes era pastor, aunque su nombre no lo haría sospechar á nadie, pues todo el que haya leído algo de pastores en los autores más clásicos y autorizados, sabe que se llaman todos Nemorosos, Silverios, Batiolos, etc.

Si el nombre de Lesmes nada tiene de pastoril, menos aun tiene la persona, porque es sabido que todos los pastores como Dios manda, son guapos, limpios, discretos, músicos, poetas, cantores y enamorados, y Lesmes podía apostárselas al más pintado á feo, puerco, tonto, torpejon para la música, la poesía y el canto, y el amor estomacal era el único que le desvelaba.

Lesmes tenía, sin embargo, algo de pastor, á parte, por su puesto, de lo de guardar ganado: era curandero. Nadie ignora que la flor y nata de los curanderos sale del gremio pastoril.

La voz del pueblo, que dicen es voz de Dios, decía que Lesmes triunfaba de todas las enfermedades; pero yo tengo una razón muy poderosa para creer que la voz del pueblo mentía como una bellaca, y por consiguiente, no es tal voz de Dios, ni tal calabaza: Lesmes padecía una terrible hambre canina, á la que debía el apodo de Traga-aldabas con que era conocido, y toda su ciencia no había logrado triunfar de ella.

Un invierno atacó no sé qué enfermedad al rebaño de Lesmes, y en poco tiempo no le quedó una res viva. Esta desgracia fue doble para el pobre Traga-aldabas, porque al perder el ganado, perdió la numerosa clientela de enfermos que le daba, si no para matar el

hambre, al menos para debilitarla. El pueblo que acudía á él en sus dolencias, dijo con muchísima razón: «si Traga-aldabas no entiende la enfermedad de las bestias, es inútil que acudamos á él.» Y dicho y hecho: ya ningún enfermo acudió á consultar á Traga-aldabas.

Cansado este infeliz de luchar con el hambre por espacio de no sé cuántos días sin conseguir hacerle la zancadilla, determinó llamar en su auxilio á la muerte, cosa que hacen los tontos cuando la tontera se les agrava con la desesperación.

—¡Señora Muerte! empezó á gritar; señora Muerte! De repente descubrió á la Muerte que salía de una taberna inmediata y se estaba divirtiendo en andar al rededor de una de esas pozas de agua estancada que suele haber en las aldeas á la puerta ó las inmediaciones de las casas.

—¿Qué se te ofrece, hombre, que tantos gritos das? le preguntó la Muerte.

—Que haga usted el favor de quitarme cuanto antes de en medio, á ver si acabo de padecer.

—¿Tenías más que haberte llegado á la casa de trato donde suelo estar? Pero vamos á ver lo que te pasa.

—Lo que me pasa es que estoy rabiando de hambre.

—¿Y por eso me llamas?

—Ya se ve que sí. ¿Y lo estraña usted?

—Sí que lo estraño.

—¿Por qué?

—Porque en los hartos, y no en los hambrientos, es en quienes por lo comun ejerzo yo mi ministerio.

—Si yo estuviese harto, no la llamaría á usted.

—Cierto, porque vendría yo, sin que me llamaras.

—En fin, no tengo gana de conversacion. Hágame usted el favor de sacarme de penas dándome un golleteazo con ese chisme que lleva usted al hombro.

—¿Cual, ¿la guadaña?

—Sí señora.

—La guadaña es sólo mi insignia heráldica, y no mato con ella á nadie.

—¿Pues con qué mata usted?

—Con una porción de armas mucho más eficaces que este embeleco; con los médicos malos y los curanderos malos y buenos, con los malos gobiernos y los pueblos ingobernables, con el lujo, con los libros escritos por los malos y los tontos, con la indiferencia religiosa, con la vida de café, que va sustituyendo á la vida de familia, con los dos ó tres mil bribones que en cada nación pretenden monopolizar el manejo de la cosa pública...

—Déjese usted de sátiras y écheme pronto al otro barrio.

—Deseo complacerte porque me has prestado muy buenos servicios mientras has sido curandero; pero si te he de decir la verdad, quisiera que permanecieras aun por acá á ver si vuelves á prestármelos.

—Cualquiera diría que no es usted partidaria de la pena de muerte.

—Hombre, algo hay de eso.

—Si lo entiendo que me ahorquen.

—Pues es fácil de entender: el servicio que me prestan los muertos es insignificante, porque la tufaradilla con que inficionan la atmósfera desde que empiezan á corromperse hasta que concluyen, no vale nada comparada con el que me prestan los vivos. Casi, casi, se puede asegurar que si no se muriese nadie, moriría mucha más gente.

—Vamos, usted me quiere volver tarumba con sus paradojas. ¿Me quita usted de en medio, sí ó no?

—No.

—¿Pero no ve usted que entonces me voy á morir de hambre?

—Yo haré que no te mueras.

—¿Cómo?

—Comiendo.

—¿Y cómo voy á comer, si no gano un cuarto?

—Yo haré que ganes cuanto quieras.

—¿De qué modo?

—Haciéndote médico.

—Pero si no entiendo de medicina...

—Pues esos médicos son los que á mí me convienen.

—¿Y dónde están esos?

—¿Dónde? No me conviene que se sepa.

—Si digo que usted tiene gana de volverme tonto!

—Ya lo eres.

—Pues entonces...

—Entonces me conviene que seas médico y lo vas á ser.

—¡Explíquese usted con dos mil de á caballo!

—Me voy á explicar. Así que una persona cae mala, me planto yo á su lado. Si el mal es de muerte, me coloco á la cabecera de la cama, y si no lo es, me coloco á los pies. Ya supondrás que cuando Dios me ha dado atribuciones para deshacer su predilecta hechura, que es el hombre, también me habrá dado algunas otras menos importantes.

—¿Y qué atribuciones son esas?

—Una de ellas es la de permanecer invisible.

—¿A los ojos de todos?

—Sí.

—¡Esa es grilla! ¡Mire usted si los médicos la verán á usted!

—¿Verme á mí los médicos? ¡Tú estás tocando el violon! Pero volvamos á tu medicatura.

—Dirá usted á mi curandería.

—¿Por qué?

—Porque no teniendo título, seré curandero y no médico.

—Lo mismo dá. Lo que no dá lo mismo es la ignorancia y la ciencia. Pues como iba diciendo, yo soy invisible para todo el mundo, y dejaré de serlo para tí. Entrás á ver á un enfermo, y si me ves á la cabecera de la cama dices que el enfermo no tiene remedio por haberte llamado tarde; el enfermo se muere, y todos dicen: «¡qué ojo tiene ese don Lesmes! En echiándole ese á uno el fallo; ni toda la veterinaria le salva!» Pero si me ves á los pies de la cama, dices que tú respondes de la vida del enfermo, aunque le has encontrado ya medio muerto; le das cualquiera cosa para hacer que hacemos, y como el enfermo se salva, dicen todos: «¡Este don Lesmes resucita los muertos!» y no tienes bastantes pies para visitar, ni bastantes manos para embolsar dinero. Con qué ¿qué te parece mi proposición?

—Me parece á pedir de boca. Pero me ocurre una duda.

—Vamos á ver qué duda es esa.

—Yo no puedo creer que me proteja usted por mi buena cara, y quisiera saber qué mira se lleva usted en ello.

—En primer lugar, la de satisfacer una deuda de gratitud, porque ya he dicho que me serviste en grande cuando eras curandero; y en segundo, la de que vuelvas á servirme.

—¿Y cómo le he de servir á usted?

—Te diré: los médicos de gran reputación son los que á mí me convienen, con tal que su reputación sea injusta, y de este número serás tú.

—No lo entiendo.

—Tú no entiendes nada, y así me gustan á mí los médicos. Cuando hayas adquirido gran reputación, te consultarán muchísimas gentes sanas y buenas, y las pondrás enfermas á fuerza de hacer con ellas barbaridades.

—Está usted muy equivocada, que á todo aquel á cuyo lado no la vea á usted, le diré que no está enfermo.

—Guárdate de decirle tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque perderás reputación y dinero.

—¿Zape! No echaré en saco roto el consejo.

—Aunque es de la Muerte, es consejo muy saludable.

—Ea, voy á ver si me sale por ahí alguna visita y saco la tripa de mal año. Con que hasta la vista, señora Muerte.

—Hasta luego, Traga-aldabas.

Lesmes tomó el camino de un pueblo, cuyo campamento se veía allá á lo lejos, y la Muerte se fué á otro á intrigar para que el médico y el boticario, que eran amigos suyos, fueran nombrados individuos de la Junta de Sanidad.

III.

Al llegar Traga-aldabas al pueblo, notó una gran consternación en el vecindario, como que hombres, mujeres y niños lloraban como hecerros.

Informóse de lo que ocurría y supo que toda aquella consternación y llanto era porque el alcalde del pueblo estaba desahuciado de los médicos.

Y en verdad, que el vecindario tenía motivos para idolatrar al alcalde y considerar como una gran calamidad el que Dios se le llevase, porque alcaldes como aquel entran pocos en libra.

Para ser elegido no había tenido que emborrachar á los electores; no organizaba cada día en unión de los

LOS BAÑISTAS.



LOS MARISCADORES.

Nada, no hay que darle vueltas; para encontrar los mariscos hay que mirar hácia el suelo y el caso es que yo no miro.

demás concejales una comilona con cargo al capítulo de gastos imprevistos; no se embolsaba las multas despues de dar al alguacil los picos para que cerrase el suyo; no tenía los abastos del pueblo por medio de testafarro, y por último, no había hecho depositario de los fondos municipales á un amigo suyo que le entregase todas las noches la llave de la caja. Dígaseme, pues, en vista de estos informes, si no tengo razón para decir que alcaldes como aquel entran pocos en libra.

—¿Ya me cayó que hacer! dijo para sí Traga-aldabas. Si visito al alcalde y sale adelante en su enfermedad, me pongo las botas.

Y dirigiéndose á casa del enfermo pidió permiso al alguacil para pasar adelante.

Es de advertir, que el alguacil era la única persona del pueblo que no podía tragar al alcalde, y todo por la sencilla razón de que éste no le daba los picos de las multas como su antecesor, porque sacaba pocas y cuando las sacaba las destinaba al fondo comun.

—¿Para qué quiere usted pasar? preguntó el alguacil á Lesmes.

—Para ver al enfermo.

—¿Eso es, para que le mate usted!

—¿Cómo que matarle?

—El que mata á las bestias, de juro ha de matar al alcalde.

—¿Deslenguado! exclamó Lesmes indignado del maligno sentido equivoco con que hablaba el alguacil, y penetró en la alcoba del enfermo, á lo que el alguacil no opuso gran resistencia por la razón que mas adelante veremos.

A la cabecera de la cama estaba un médico de los mas afamados en la comarca y Lesmes temió por un momento que fuese la Muerte, porque había oído decir que ésta se disfrazaba de médico muchas veces; pero muy pronto se convirtió su temor en alegría al dirigir la vista á los pies de la cama y ver allí á la Muerte.

—¿Qué trae usted por aquí, le preguntó la alcaldesa que, entre paréntesis, tenía muy buenos bigotes.

—Vengo á dar la salud al señor alcalde, contestó Lesmes.

—El señor alcalde, replicó irritado el médico, sólo

debe ya esperar la salud de Dios y de la ciencia.

—Pues con ayuda de Dios y de la ciencia se la voy yo á dar.

—¿Ciencia usted? dijo el médico con la risa del conejo.

—Ciencia yo, sí señor.

Aunque la ocasión no era para risas, todos, inclusa la alcaldesa, estuvieron á punto de reír á todo trapo al ver la estupidez de aquel zamarro que creía poder dar la salud á un moribundo desahuciado por los mejores médicos.

El alguacil se había acercado á la alcoba, atraído por aquel altercado, y como tenía ganas de que cuanto antes se llevase la trampa al alcalde y creía muy á propósito á Traga-aldabas para despacharle pronto, única razón porque no había opuesto gran resistencia á la entrada del curandero, tomó la palabra en favor de éste, diciendo por lo bajo á la alcaldesa, que repito tenía muy buenos bigotes:

—Señora, eche usted no ramala á los médicos, que son los que están matando al señor alcalde, resentidos de que apenas hay enfermos en el pueblo desde que él hizo desaparecer los focos de infección que envenenaban al vecindario.

La alcaldesa era crédula como lo son generalmente las mujeres, cosa que nos tiene mucha cuenta á nosotros los tunos de los hombres, y creyó de buenas á primeras al alguacil.

—Yo opino, dijo al médico, que si Lesmes insiste en que él es capaz de sacar adelante á mi marido, debemos poner en sus manos al enfermo.

—Señora, exclamó el médico, asombrado de la credulidad de la alcaldesa, ¿está usted chispa, ó se ha vuelto loca?

—Ni lo uno, ni lo otro. Usted y sus compañeros han dado por muerto á mi marido; este hombre dice que él se compromete á resucitarle, y yo quiero probar si le resucita, que de todos modos de muerto no ha de pasar mi marido.

Oír esto el médico y tomar la puerta como si le hubiesen puesto un cohete en salva la parte, todo fue uno.

A la puerta de la casa había muchas gentes esperando con terrible ansiedad noticias del estado del enfermo, y al ver salir al médico todos corrieron á preguntarle.

—Cuéntenlo ustedes por muerto, que ya le está dando el cachete el bruto de Traga-aldabas, contestó el médico continuando la fuga.

El llanto del vecindario fue entonces tal que partía las piedras, y en medio del general lloriqueo se oyeron gritos de: «¡muera Traga-aldabas!»

Así que salió el médico, Lesmes dirigió la vista hácia la Muerte como para preguntarle si lo hacía bien, y vió que la Muerte se había alejado un buen trecho de la cama y le hacía señales de aprobación con la cabeza.

Lesmes, cada vez mas alentado y contento, tocó la barriga del enfermo, cogió unas telarañas del techo, se las puso en las cejas al alcalde, y éste, que hacia tiempo había perdido el sentido, dió poco despues señales de recobrarle.

—¿Ya tenemos hombre! exclamó Traga-aldabas abrazando, en el trasporte de su alegría, á la alcaldesa, que vuelvo á repetir tenía muy buenos bigotes.

En aquel instante el alcalde acabó de volver en sí diciendo:

—O tengo telarañas en los ojos, ó he visto abrazar á mi mujer.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD.
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.